

UN DERBY CON EUROPA AL FONDO

LA primera imagen que le viene a las mientes a alguien que oye hablar del Derby es la de un panorama de chisteras sobre un educado céspeped por el que evolucionan conspicuos purasangres. Quizá la mayoría suponga que se trata del día cumbre de un deporte esencialmente aristocrático; pero se equivocan: el Derby es más bien una de las pocas fiestas populares que la modernidad consiente. La carrera, fundada por Lord Derby el siglo pasado, es el pretexto para el mayor «picnic» del calendario inglés, en el que cientos de miles de británicos se reúnen en las praderas de Epsom para comer salchichas y hamburguesas, emborracharse con cerveza, cantar a pleno pulmón, hacer el amor sobre la hierba y, por supuesto, jugarse grandes cantidades de dinero. Hay tivivos, norias, atracciones de feria, cientos de gitanas diciendo la buenaventura en carromatos (casi todas se apellidan Lee), «ponies» para pasear a los niños, fotógrafos ambulantes con monitos vestidos de futbolista, tenderetes de mil cosas inverosímiles... Es una verbena colosal que se inicia varias horas an-

tes de que tengan comienzo las carreras y acaba mucho después de celebrada la última de éstas. Los «bookmakers», apostadores profesionales, surgen como los hongos, con sus pizarras, los cajoncillos que les sirven de pedestal y la gesticulante telegrafía de los signos con los que se comunican desde un extremo a otro del hipódromo; admiten apuestas que van desde diez peniques hasta miles de libras; algunos de ellos no tienen más preparación que un

noclástico y tradicionalismo, ingenuidad y refinamiento— que dan su espléndido y vigoroso sabor a lo inglés. A la vuelta de su viaje por Inglaterra, del que dejó testimonios gráficos que cuentan entre lo mejor de su obra, anotó Gustavo Doré que ningún inglés se suicida la semana del Derby, porque quiere saber quién ganará; efectivamente, toda fiesta aspira a suspender la oposición «la boral» entre la muerte y la vida: participar vivamente en la fiesta

casi unánimemente favorables al «yes». De todos modos, la preocupación por el resultado del comicio era mucho menor que el interés por atrapar un buen dividendo con el ganador del Derby; si los ingleses están inquietos por las sombrías predicciones de ruina que les llegan desde todas partes, es evidente que no esperaban solventar sus cuitas con referendums de trascendencia más que dudosa. Pero, curiosamente, el planteamiento de la votación había terminado por reflejarse de algún modo en la gran carrera. El máximo favorito era «Green Dancer», hijo del fabuloso «Nijinsky», entrenado por el francés Alec Head y montado por el también francés Freddy Head, que acababa de ganar un importante premio en Longchamps. De algún modo, «Green Dancer» se había convertido en el favorito de los partidarios del «yes»; los periódicos ingleses le llamaban «el eurocandidato». Lo más divertido y simbólico es que, en realidad, el caballo es propiedad de un americano... El segundo favorito era un excelente caballo inglés, «Grundy», que había conseguido notables triunfos en hipódromos

Fernando Savater

cartón impreso —lo venden a la entrada del hipódromo— con los nombres de los caballos y su osadía; otros tienen complejas organizaciones con oficinas centrales en la City. La gente prefiere jugar con ellos (o, mejor, contra ellos) que utilizar el totalizador oficial del hipódromo: la apuesta queda más personalizada, y además de la ganancia proporciona el delicado placer de hacer perder... El Derby reúne todas esas contradicciones —vulgaridad y distinción, circunspección y desenfreno, ico-

es morir de algún modo para lo que cotidianamente llamamos vida —por eso toda fiesta espanta no poco—, del mismo modo que morir en la fiesta es la forma más inexorablemente aguda de vivir.

El Derby de este año se ha celebrado el 4 de junio, la víspera del referéndum que debía decidir sobre la participación de Inglaterra en el Mercado Común. Muchos de los autocares que llenaban el amplio prado frente a las tribunas llevaban carteles alusivos a la votación del día siguiente,





ingleses, al que montaba el joven «wonder boy» británico Pat Eddery. De algún modo, representaba para muchos el maltrecho orgullo inglés por «lo de casa». Sin embargo, para mayor simetría del símbolo, «Grundy» es propiedad del doctor Carlo Vittadini, un italiano afincado en Inglaterra. Nada es puro, todo es interdependiente en este mundo abstracto y traidor...

Por la pista evoluciona la típica estampa de la guardia galesa, tocando el «¡Que viva España!». La pista de Epsom es mucho más «natural» que la de ningún otro hipódromo, con suaves ondulaciones y desniveles; la curva es durísima, terriblemente peraltada: en general, no da la impresión de algo artificial, sino de un campo acotado en el que se han respetado todos los accidentes del terreno. Vamos al «paddock», donde por fin encontramos las chisteras grises y las pamelas que el tópico nos había prometido. A la entrada, una excitada señora agita una pancarta en la que se ponderan las virtudes de la libra esterlina; en la otra mano lleva un grueso disco forrado con papel oro, en el que ha pintado en verde la £ debida; clama «¡No hay más moneda que la libra de oro! ¡Que no nos la quiten!». Como los amores van siendo cada vez más abstractos, hasta las viejas monedas van pareciendo concretas y entrañables por comparación con las tarjetas de crédito y los cheques de viaje con que se nos abruma. Pasan loras y ladies, con rostros que no han variado desde los retratos de Reynolds. Cruza Fraga disfrazado de inglés, aunque se le nota todavía el pelo de la dehesa. La Reina aparece en el «paddock», concentrada cavilosamente en el estudio del programa; aplauden levemente un grupo de señoras de edad mediana y un anciano caballero se descubre temblorosamente al paso de

Su Majestad. Al fondo, severamente vestido de oscuro, un señor con rostro que no es de este mundo pasea una pancarta en la que se pregona que Jesucristo es la única salvación; los «bobbies» le miran aburridos, con las manos cruzadas a la espalda.

Desfilan los caballos: son los dieciocho mejores tres-años del mundo. Sólo una yegua entre ellos, «Nobiliary», montada por el «as» francés Yves Saint-Martin; hace ya decenas de años que una yegua no figura en la llegada del Derby. Sobre el tordo «Bruni» pasa Sir Lester Piggott, una leyenda viviente entre los jinetes del mundo entero. Se dice que este siglo no ha conocido a otro como él; entre sus compañeros es conocido sencillamente como «the god» y verle montar es como oír tocar el violín de Yehudi Menuhin. ¿Logrará batir hoy el record de victorias en pruebas clásicas, para lo que sólo le falta otro triunfo más? ¡Y los caballos...! Esas espléndidas obras de arte vivientes, inútiles, gozosas, que guardan en sus figuras atléticas el resabio ancestral de los antiguos amigos de los héroes. No son máquinas de producir dinero a los apostantes ni estúpidos símbolos de ostentación para sus ricos propietarios: trascienden todos fines utilitarios, todas las convenciones que ignoran y desdennan: para quien sabe ver, el lúcido palpar de sus ijares es el temblor de lo sagrado.

A la espera de la salida, los «bookmakers» acentuaron su zarabanda esotérica y la tensión subió hasta lo apoplético. Cuando, en la recta final, «Grundy» se distanció de sus enemigos para irse a ganar cómodamente, hasta los defraudados partidarios del europeista «Green Dancer» jalearon roncamente el triunfo del purasangre británico. En segunda posición, «Nobiliary» y Saint-Martin salvaban la honrilla francesa... y mis dos libras apostadas. Mientras íbamos hacia el autocar, se sucedían las imágenes del final de la juerga. Un escocés hacía «streaking» entre los aplausos de un grupo de admiradoras. Abundaban los roncadores espontáneos. Un caballero muy distinguido arrastraba hacia su coche a su voluminosa cónyuge, perentoriamente borracha. Un gigantesco mozallón apoyó su cabeza mareada en un autocar, mientras se desabrochaba la bragueta: constato que logró el difícil empeño de vomitar y mear juntamente. Su brazo tapaba el cartel del autobús: «¡Mantened a Inglaterra en Europa!». Después, sin abrocharse, se alejó guardando esforzadamente la vertical:

«Con dinero o sin dinero,
hago siempre lo que quiero
porque sigo siendo el rey...».

HORA H



ENSAYOS Y DOCUMENTOS

LA PENINSULA MARANA,
¿PUEDE VIVIR PORTUGAL
SIN LAS COLONIAS?

ANTONIO GUTERRES Y OTROS.
Prólogo: Pablo Martí Zaro.

EL ESTADO

GEORGES BURDEAU.

PRINCIPIOS GENERALES
DE LA COMUNICACION:
LA VISION
Y SUS AMBITOS COSMICO,
CEREBRAL
Y CINEMATOGRAFICO

CR. A. BLOM-DAHL ANDERSEN.

EL MEDIO MEDIA:
LA FUNCION POLITICA
DE LA PRENSA

LORENZO GOMIS.

ESPAÑOLES DE DOS SIGLOS:
DE VALERA
A NUESTROS DIAS

JOSE LUIS CANO.

MI MUSICA ES PARA
ESTA GENTE... (ENSAYOS)

FELIX GRANDE.

RUSIA Y ESPAÑA:
UNA RESPUESTA CULTURAL

MIJAIL ALECSEEV.

Versión directa del ruso
y prólogo:
José Fernández Sánchez.

EL PENSAMIENTO POLITICO
DE JULIAN BESTEIRO

ANDRES SABORIT.

Prólogo: Emiliano M. Aguilera.

HISTORIA
DE LA ARQUITECTURA
OCCIDENTAL I DE GRECIA
AL ISLAM

FERNANDO CHUECA GOITIA.

PERSPECTIVAS
DE UNA EUROPA RAPTADA

LUIS DIEZ DEL CORRAL.

SEMINARIOS Y
EDICIONES, S.A.
SAN LUCAR, 21. TELEFONO 419 54 89
MADRID-4.